

PROMESAS DE AVARO.

PROTESTAS DE AMOR.

Durante la ausencia de su padre, Eugenia tuvo la dicha de poderse ocupar libremente de su amado primo, en derramar sobre él sin temor los tesoros de su piedad, la única de las sublimes superioridades de la mujer, la sola que ella quiere hacer sentir, y que perdona al hombre de dejarse tomar sobre él. Por tres ó cuatro veces Eugenia se fué á escuchar la respiracion de su primo, á saber si dormia ó si habia despertado ya. Cuando se levantó, la nata, el café, los huevos, las frutas, los platos, el vaso, todo cuanto hacia parte de su desayuno, fué para ella objeto de algun cuidado. Subió muy lista la vieja escalera

para escuchar el ruido que hacia su primo. Se vestia tal vez? lloraba todavia? Asomóse hasta la puerta:

—¿Primo mio?

—Primita.

—¿Quiere V. el almuerzo en la sala ó aquí?

—Donde V. quiera.

—¿Como está V.?

—Querida prima, me doy vergüenza de tener hambre.

Esta conversacion al traves de la puerta era para Eugenia todo un episodio de novela.

— Muy bien! nosotras le traerémos el almuerzo en el cuarto para no contrariar á mi padre.

Y bajóse á la cocina con la lijereza de un pajarito.

—Mariana, vé pues á arreglar el cuarto.

Aquella escalera tantas veces subida y bajada que retemblaba al menor ruido, parecia haber perdido para Eugenia su carácter de antigüedad; la veía luminosa, hablaba, era jóven como ella, jóven como su amor á quien servia. En fin su madre, su buena é indulgente madre quiso prestarse gustosa á las fantasias de su amor, y cuando estuvo arreglado el aposento, se fueron juntas á *hacer* compañía al desgraciado Carlos. ¿Por ventura no ordenaba consolarle la caridad cristiana? Estas dos mujeres sacaron de la religion un gran número de pequeños sofismas para justificar sus excesos.

Carlos Grandet se vió pues el objeto de los cuidados

mas tiernos y afectuosos. Su corazon dolorido sentia vivamente la dulzura de esa amistad sincera, de esa esquisita simpatía, que estas dos almas siempre comprimidas supieron desplegar al hallarse libres un momento en la rejion de los sufrimientos, su natural esfera. Autorizada por el parentesco Eugenia se puso á componer la ropa, baratijas del tocador que su primo llevaba consigo, y pudo admirar á sus anchuras las lujosas chucherias, los adornos de plata que le venian á la mano, y que, so pretesto de ecsaminarlas, sostenia largo rato. Entónces Carlos no vió sin un enternecimiento profundo el jeneroso interés de su tia y de su prima para con él, pues conocia sobrado bien la sociedad de Paris para estar bien convencido de que en su posicion no habria encontrado mas que corazones indiferentes y frios. Entónces contempló á Eugenia en todo el esplendor de su especial belleza, admirando ya la inocencia de aquellas costumbres, de que se burlaba el dia anterior.

Por esto cuando Eugenia tomó de manos de Mariana la taza de café con leche para dársela con toda la injenuidad del sentimiento y lanzándole una espresiva mirada, sus ojos se llenaron de lágrimas, y tomándola la mano, se la besó.

—Y bien! ¿que tiene V. todavia? preguntó ella.

— Lloro de reconocido.

Eugenia se volvió bruscamente hácia la chimenea, como para tomar los candeleros.

— Mariana, toma, llévate eso.

Cuando volvió el rostro á su primo le tenia aun muy colorado, pero alomenos sus ojos pudieron mentir y no pintar el excesivo gozo de que estaba inundado su corazon; no obstante, sus miradas espresaron un mismo sentimiento, asi como sus almas se confundieron en una misma idea. El porvenir era para ellos. Aquella dulce emosion fué mucho mas deliciosa para Carlos en medio de su pesadumbre inmensa, porque era mas inesperada.

Un aldabazo llamó la atencion de las dos mujeres, que volvieron á sus asientos con tanta celeridad por ventura, que cuando entró M. Grandet trabajaban ya. A no haber sido asi poco habria bastado para suscitar sus sospechas.

Despues del almuerzo, que el avaro tomó sin sentarse, el guarda-campos á quien habia prometido una recompensa llegó de Froidfond con una liebre y algunas perdices, muertas en el parque, y con dos patos, y algunas anguilas que enviaban los molineros.

— Hola! hola! aquí llega el pobre Cornoiller que viene como pedrada en ojo de boticario. ¿Que eso que traes se puede comer?

— Sí, mi buen amo, no hace mas que dos dias que se ha cojido.

— Vamos, Mariana, levántate, toma todo eso y arréglalo para la comida; pues hoy he convidado á dos de los Cruchot.

Mariana abrió tamaños ojos y se puso á mirar á todos los que la rodeaban.

— ¿De dónde sacaré lardo y especias?

— Mujer, da seis francos á Mariana, y recuérdame que he de ir á la bodega á sacar buen vino.

— Y bien, señor Grandet, interrumpió Cornoiller, que de antemano se habia preparado su arenga para cobrar el prometido salario.

— Ta, ta, ta, ta, respondió el avaro, ya sé á donde vas, tu eres un guapo chico y ya me sé yo lo que he de hacer; ahora estoy ocupado. — Mujer, dale cinco francos. Y se marchó en seguida.

La pobre señora tuvo por buena suerte el haber comprado la paz con once francos; pues ya sabía que Grandet se callaba durante quince dias, cuando la estafaba algun dinero.

— Toma, Cornoiller, dijo entregándole diez francos. Otro dia satisfaceré mejor tus servicios.

El guarda-campos no tuvo que decir y salióse.

— Señora, dijo Mariana, que se habia puesto su escofieta negra y tomado su cesto, ya tengo bastante con tres francos, guarde V. los otros tres, que por eso no faltará nada.

— Haz una buena comida, Mariana, y mi primo bajará.

— Necesariamente debe pasar alguna cosa extraordinaria, dijo madama Grandet. Esta es la tercera vez, despues de nuestro matrimonio, que tu padre convida á alguno.

A eso de las cuatro, en el instante en que Eugenia y su madre acababan de poner seis cubiertos para otras tantas personas, en el mismo en que el amo de la casa acababa de salir de la bodega con algunas botellas de aquel vino esquisito, que la jente de provincia guarda con tanto amor, entró Carlos en la sala. Estaba pálido; sus jestos, su continente, sus miradas y el sonido de su voz tenían una tristeza llena de gracia. No finjia dolor, sino que lo sentía en verdad; y el velo de amargura que cubría sus facciones, le daba aquel aire tan interesante y tan querido de las mujeres. Por tanto Eugenia le amó mucho mas. Acaso la desgracia les había aprosimado tambien. Carlos no era ya aquel jóven gallardo y rico, colocado en una esfera inaccesible para ella, no: érase un pariente sumerjido en la miseria mas espantosa, y es bien sabido que de la miseria nace la igualdad. La mujer parte con los ángeles la posesion de los seres que sufren. Carlos y Eugenia se comprendieron y habláronse con los ojos solamente; porque el pobre *dandy* caído, el triste huérfano se sentó en un rincón, donde permaneció mudo con calma y orgullo al mismo tiempo; pero de vez en cuando alumbrábale la mirada dulce y acariciadora de su prima, obligándole á dejar sus tristes pensamientos, y á lanzarse en pos de ella por los campos de la esperanza y del porvenir, donde Eugenia queria que la acompañase.

Todo Saumur hablaba entónces de la comida ofrecida por M. Grandet á los Cruchot mas que no había hablado el dia anterior por la venta de su cosecha que constituía contra el tonelero un crimen de alta traicion. Si el político Grandet hubiese dado su comida con el pensamiento que costó la cola al perro de Alcibiades, (21) acaso habria sido un grande hombre, pero sobrado superior á una poblacion de que él se burlaba, pues no la hacia ningun caso. Así que los de Grassins supieron el suicidio y la quiebra del padre de Carlos, resolvieron ir aquella misma noche á visitar á su cliente para tomar parte en su dolor y darle pruebas de amistad, al mismo tiempo que podrian informarse de los motivos que le habían determinado á convidar á los Cruchot en tales circunstancias. A las cinco en punto se presentaron el señor presidente C. de Bonfons y su tio el notario, endomingados de pies á cabeza; sentáronse á la mesa y empezaron á comer talcual bien. M. Grandet estaba grave, Carlos silencioso, Eugenia muda, y su madre callada como de costumbre, de manera que aquel convite parecia una verdadera comida de luto.

Cuando se levantaron de la mesa Carlos dijo á sus tios: — Permítanme VV. que me retire. Debo ocuparme en una larga y triste correspondencia.

— Bien, sobrino.

Y así que hubo partido y el tonelero pudo presumir que Carlos, ocupado en escribir, no podia ya

oirles, miró gazmoñamente á su mujer, y dijola: Mira, lo que hemos de hablar sería latin para tí. Ya son las siete y media y debieras retirarte á tu habitación. Hija mia, buenas noches: Abrazó á Eugenia, y luego esta y su madre dejaron solos á su padre y á los dos Cruchot.

En seguida comenzó una escena en que el malicioso Grandet, se valió mas que en cualquier otra ocasion de su vida, de la habilidad que habia adquirido en el comercio de los hombres, y que le habia granjeado de aquellos á quienes mordía un poco mas de lo regular el apodo de *perro viejo*. Si el antiguo maire de Saumur hubiese levantado mas su ambicion, si afortunadas circunstancias metiéndole en las esferas superiores de la sociedad, le hubiesen conducido á los congresos en que se tratan los intereses de las naciones, sin duda que sirviéndose del jenio con que le habia dotado su interés personal, habria podido sacar un gran partido en pro de la Francia. Sin embargo, acaso hubiera sido muy probable que sacado de Saumur el tonelero hubiese hecho una tristísima figura.

¿ Si sucederá con los talentos lo que con ciertos animales que llevados á climas estraños dejan de enjendrar?

— Se, se, se, señor pre, pre, presidente, deciiiiia V., que..... que la quiebr.....

El tartamudeo que desde tanto tiempo antes afec-

taba el pícaro viejo, que todos tenian por natural, lo mismo que la sordera de que se quejaba en los dias lluviosos, fué en aquella coyuntura tan fatigosa para los Cruchot, que escuchándole jesticulaban sin advertirlo, haciendo esfuerzos como si quisiesen acabar las palabras en que el otro se empotraba por su gusto.

Aqui será necesario quizás dar la razon y la historia del tartamudeo y de la sordez de M. Grandet.

Nadie en Anjou entendia mejor ni podia pronunciar mas netamente el frances que allí se habla, que el tonelero.

En cierta ocasion, á pesar de su astucia, se habia burlado de él un judio que durante las discusiones aplicaba la mano al oido á guisa de trompetilla, so pretesto de oir mejor, y trampeaba tan bien buscando sus palabras, que Grandet, víctima de su humanidad se creyó obligado á sujerir las espresiones é ideas que parecia buscar el tunante judio, á concluir por si mismo las razones del pícaro habreo, á hablar como debia hacerlo el maldito israelita y á ser en fin el judio y no Grandet; estraño combate del que salió perdedor el tonelero del único contrato que se le frustró en toda su vida comercial. Pero lo que perdió pecuniariamente hablando, lo ganó moralmente y con usuras en una buena leccion de que mas tarde recojió los frutos. De suerte que llegó á bendecir al judio que le habia enseñado el arte de

impacientar á su adversario mercantil, haciéndole perder de vista su pensamiento, mientras le ocupaba en terminar y espresar el ajeno.

Ahora bien: ningun asunto habia ecsijido en tanto grado el auxilio de la sordez, del tartamudeo, y de los ambages mas incomprensibles con que solia Grandet envolver sus ideas, que el que le ocupaba á la sazón. Desde luego no queria endozar la responsabilidad de sus ideas; y despues queria permanecer dueño de su palabra y dejar en duda sus verdaderas intenciones.

— Señor de Bon, Bon, Bonfons.....

Por la segunda vez despues de tres años llamaba Grandet señor de Bonfons al presidente. Este pudo creerse por un momento que era elejido yerno por Grandet.

— De de, de, deciiii, decia V., pues, que, que las quiebr, br, bras, pueden impedirse en, en, en, cier... ciertos casos.

— Los mismos tribunales de comercio pueden atajarlas. Esto se ve cada dia, dijo M. C. de Bonfons cojiendo la idea del pícaro Grandet, ó creyendo adivinarla y queriendo espresarla afectuosamente. Oiga V.

— Escucho, respondió humildemente el solapado tonelero, tomando el malicioso continente de un muchacho que se rie interiormente de su profesor, cuando parece que le presta mas atencion.

— Cuando un hombre digno de consideracion y bien reputado como lo era el hermano de V. por ejemplo, en Paris....

— Mi hermano, sí.

— Si amenaza inminente quiebra, el tribunal de comercio, que debe juzgarle (oiga V. bien) tiene facultad de nombrar liquidadores para la casa del que se juzga. Liquidar no es quebrar; el que quiebra se deshonra; pero el que liquida permanece hombre de bien.

— Esto es muy di... di.. di.. diferente sino... o...o... cuesta maaaaas caro.

— Pero una liquidacion puede hacerse tambien sin autorizacion ni mandato del tribunal de comercio.

— ¿Por que, de que modo se declara una bancarota? preguntó el presidente fungando una toma de tabaco.

— Jamas he peeeensado een ello.

— Primero, repuso el majistrado, se deposita en la escribanía del tribunal el balancé hecho por el comerciante mismo ó por su apoderado, en debida forma. Luego sigue la convocacion de acreedores; y que sucede si el comerciante no deposita el balancé y no se presenta acreedor alguno que reclame del tribunal un juicio por el cual se le declare en quiebra?

— Sí, veamos.

—Entonces la familia del difunto, sus representantes ó el comerciante mismo si acaso no ha muerto, ó sus amigos si está oculto, liquidan. ¿Acaso quiere V. liquidar los asuntos de su hermano?

—Oh! Grandet, esto estaria muy bien hecho, exclamó el notario. En el fondo de nuestras provincias ecsiste mucho honor, y si V. salvase su nombre, porque el nombre de su hermano es el de V., seria un hombre.....

—Sublime, dijo el presidente, interrumpiendo á su tio.

—En verdad que si: (a) mi hermano se llamaba Grandet lo mismo que yo. No cabe duda alguna, ni yo lo niego tampoco.

—¿Pero esta liquidación podria ser útil en todo caso y ventajosa á los intereses de mi sobrino, á quien estimo mucho? Es menester ver esto. Yo no conozco á los *perillanes* de Paris. No salgo de Saurmur, como ven ustedes. No cuido mas que de mis viñas, de mis campos, y de mis quehaceres: yo nunca he hecho billetes. ¿Qué significa un billete? Yo he recibido muchos, muchísimos; pero no he firmado uno solo. Se reciben y se cuentan, se en-

(a) Balzac hace hablar tartamudo á Mr. Grandet y copia la manera de tartamudear como nosotros hemos hecho hasta aqui; pero esto podria ser pesado á los lectores que pueden figurarse sin necesidad de que se les diga como hablaría Grandet.

tregan y se vuelven á contar, y no sé nada mas. No obstante he oido decir que pueden volverse á comprar.

—Si, dijo el presidente, mediante un tanto por ciento. ¿Entiende V.?

M. Grandet abuecó la mano, la aplicó al oido, y el presidente le repitió la frase.

--Es decir que en esto hay algun tiempo que gastar. A mi edad ya no me entiendo en nada de eso. Yo debo estarme aqui para cuidar de mis granos. De ellos sale el dinero para pagar todo lo demas. Antes que todo son las cosechas, y en Froidfond tengo intereses mas importantes que llaman mi atencion. No es regular que abandone mi casa por un *embrollamini-gentes* de treinta diablos, en que no entiendo una jota. Ustedes dicen que deberia irme á Paris para liquidar ó impedir la declaracion de quiebra; pero yo no puedo hallarme en dos partes á la vez, á ménos de convertirme en golondrina. Y...

--Ya entiendo, exclamó el notario. Muy bien, amigo mio, aqui tiene V. amigos muy verdaderos, capaces de hacer cualquier sacrificio por V.

--Vamos! decídete! pensaba Grandet.

--Y si alguno se iba á Paris, y buscando al acreedor principal de su hermano de V. Guillermo...

--Oiga V. una palabra, repuso el avaro. ¿Qué habia de decirle? Alguna cosa así, por ejemplo:--

M. Grandet de Saumur por aquí, M. Grandet de Saumur por allá: M. Grandet estimaba mucho á su hermano y no quiere ménos á su sobrino: es un buen pariente, tiene buenas intenciones, ha vendido bien su cosecha. Con que no declaren V. la quiebra, reúnanse, nombren liquidadores, y M. Grandet se decidirá. Para V. es mas ventajoso liquidar, que poner el negocio en manos de la justicia. ¿No es esto?

-- Cabal, dijo el presidente.

-- Ya ve V. señor de Bonfons, que ántes de decidirme, y sobre todo en negocios graves, es menester conocer los recursos y medios de que uno puede echar mano. ¿No es esto?

En efecto, dijo el presidente. Yo soy de dictámen que dentro de algunos meses se podrán volver á comprar los créditos, y pagarse íntegramente por un arreglo. Ya sabe V. que á los perros se les hace ir muy léjos enseñándoles un hueso. Mientras no se declare la quiebra y tenga V. los títulos de créditos se queda V. blanco como la nieve.

-- Como la nieve, repitió Grandet, ahuecando otra vez la mano y acercándola al oído. No comprendo eso de la nieve.

-- Entónces escuche V., replicó el presidente.

-- Ya escucho.

-- Un efecto, cualquiera que sea, es una mercadería que sube y baja. Esto es una deducción de

Jeremias Bentham sobre la usura. Este publicista ha probado que la preocupación que reprobaba á los usureros era una necedad.

-- Quéééé? dijo el avaro.

-- Tomando por principio, segun Bentham, que el dinero es una mercadería y que lo que representa el dinero se convierte igualmente en mercadería: atendiendo á que sometida á las variaciones habituales que rijen los asuntos mercantiles, la mercadería billete abunda ó falta en la plaza, que vale mucho ó nada, el tribunal ordena..... (toma! que bestia soy! disimule V.) Yo creo que podrá V. recobrar todo lo de su hermano por veinte y cinco del ciento.

-- Y V. le ha llamado Jeremias Ben..Ben..Ben....

-- Bentham, un ingles.

-- Ese Jeremias nos evitará muchas lamentaciones en nuestros negocios, dijo el notario riéndose.

-- Esos ingleses alguna vez tienen sentido comun, dijo M. Grandet. Así, segun Bentham, si los efectos de mi hermano valen; no valen. Sí, ya digo bien. No es verdad? Esto está claro. Los acreedores serían...no, no serian. En fin yo me entiendo.

-- Déjeme V. que le explique todo esto, dijo el presidente. Por derecho, si V. posee los títulos de todos los créditos debidos por la casa Grandet, su hermano de V. ó sus herederos no deben nada á nadie. Bien.

-- Bien, repitió Grandet.

-- En equidad, si los haberes de su hermano de V. se negocian (negocian; ¿entiende V. bien esta palabra?) en la plaza á tanto por ciento, si un amigo de V. pasa por allí y los compra, los acreedores, no estando obligados por violencia alguna á cederlos, la sucesion del difunto M. Grandet de Paris se queda lealmente libre.

-- Negocios son negocios, dijo el tonelero. Bajo esta suposicion ¿no comprende V. sin embargo que es muy difícil? yo no tengo dinero, ni tiempo, ni...

-- En efecto, V. no puede salir de aquí; pero, si quiere, yo iré á Paris (y V. me pagará el viaje, que no monta un comino). Veré á los acreedores, les hablaré, les iré ladeando, y se arreglará todo con un suplemento de pago, que V. puede añadir á los valores de la liquidacion, para poder entrar en los títulos de crédito.

-- Bien, ya veremos eso. Yo no puedo, ni quiero comprometerme sin que... El que no puede no puede ¿entiende V.?

-- Y es muy justo.

-- Ya tengo abierta la cabeza con todo lo que V. acaba de explicarme. Esta es la primera vez de mi vida que me veo obligado á pensar en...

-- Oh! como V. no es letrado!

-- Yo soy un pobre viñador, y no entiendo pizca

en lo que V. acaba de decirme. Es menester que lo reflexione mas.

-- Bien, repuso el presidente, como queriendo reasumir la discusion.

-- Sobrino, dijo el notario con tono enigmático é interrumpiéndole.

-- ¿Que quiere V. tio? respondió el presidente.

-- Deja que M. Grandet explique sus intenciones, puesto que se trata de un asunto tan importante. Nuestro buen amigo debe definirlo....

Un aldabazo que anunció la llegada de la familia de Grassins, luego despues su entrada y sus saludos no permitieron que M. Cruchot concluyese la frase: y el notario se alegró de la interrupcion, pues M. Grandet ya le miraba de soslayo, y el lobadillo de su nariz indicaba una tempestad interior. Pero desde luego el prudente notario no encontraba conveniente que el presidente de un tribunal de primera instancia fuese á Paris para capitular con acreedores y meter mano en un monopolio que hollaba las leyes de la estricta probidad. Luego, no habiendo oido que M. Grandet manifestase ningun deseo de desembolsar, temblaba instintivamente por su sobrino, si acaso se metia en aquel negocio. Aprovechó pues la entrada de los Grassins para tomar del brazo al presidente y separarle hácia el derramo de una ventana.

-- Basta de ofrecimientos, sobrino, ya te has ma-